

La economía política del signo: una lectura no lineal

The Political Economy of the Sign: A Non-Linear Reading

Rafael Pérez-Taylor

ORCID: 0009-0005-6626-4281

IIA Universidad Nacional Autónoma de México

Correo: rapta@unam.mx

DOI: <https://doi.org/10.66778/CS.v14n40.03>

“...la política no es una función, un territorio o un espacio real, sino un modelo de simulación cuyos actos manifiestos no son más que el efecto realizado”.

Jean Baudrillard

RESUMEN

La política funciona como un proceso de simulación de acciones que homologa las razones estructurales del Estado para comprender la realidad mediante negociaciones entre el gobierno y grupos de poder privado. En el rol del capital financiero, los grupos de poder buscan implementar sus recursos financieros para maximizar ganancias a través de la explotación de trabajadores, contando con un gobierno que se convierte en un servidor del capital financiero. Se produce un ejercicio de poder totalizador para imponer reglas por encima de la territorialidad comercializadora, donde la política opera como un acto de convencimiento fortuito para hacer creer a la comunidad que se actúa correctamente. Este proceso se manifiesta como un doble filo en las retóricas del lenguaje y en los procedimientos discursivos que impactan directamente en la pragmática de las relaciones sociales.

PALABRAS CLAVE: Política, simulación, gobierno, poder privado, capital financiero.

ABSTRACT

Politics functions as a simulated process of action that equates the structural reasons of the State to understand reality through negotiations between the government and private power groups. In the role of financial capital, these power groups seek to deploy their financial resources to maximize profits through the exploitation of workers, relying on a government that becomes a servant of financial capital. This results in an exercise of totalitarian power to impose rules that supersede commercial territoriality, where politics operates as a fortuitous act of persuasion to make the community believe that it is acting correctly. This process manifests as a double-edged sword in the rhetoric of language and in discursive procedures that directly impact the pragmatics of social relations.

KEYWORDS: Politics, simulation, government, private power, financial capital.

Si partimos de la idea de que el ejercicio de la política es en efecto un proceso de la simulación de acciones posibles, que permiten establecer sistemas de homologación entre diferentes razones estructurales del Estado, para comprender la realidad en que se vive a partir de negociaciones entre las acciones del gobierno y la intermediación con diferentes grupos de poder privado, que intentarán sobre todas las cosas, implementar sus recursos financieros para obtener grandes recursos económicos a través de la explotación de sus trabajadores y empleados, lo que significa elevar el nivel de ganancias en concordancia con el apoyo gubernamental que se convierte en una especie de siervo del capital financiero.

En realidad, lo que se está produciendo es un efecto totalizador del ejercicio del poder, para poner sus reglas por encima de todo lo que sucede en el espacio de su territorialidad comercializadora. O bien, dicho con otras palabras, la política es el acto de convencimiento fortuito para que una comunidad crea que se hace lo correcto; desde este punto de vista, nos encontramos con un doble filo, que desde tiempo atrás viene irrumpiendo en los diferentes giros que se producen en las retóricas del lenguaje, el sentido de lo que significa convencer a todos de que se hace lo correcto, como un bien intangible y tangible de procedimientos discursivos que deben afectar la pragmática de las relaciones sociales.

En este punto, de nueva cuenta nos estamos adentrando en el ejercicio de la política como un efecto que, a contrapeso, nos conduce a denotar en la práctica características supeditadas al bien común, que nunca llega a las grandes mayorías, se van quedando transgredidas por sus propios actos, para encontrarse con el resultado de: a quién se dirige el bienestar encauzado, sobre todo a sostener el aparato burocrático del Estado y del mundo del dinero. Me refiero en este claro oscuro, a quién se beneficia realmente a través del proporcionar valor a una minoría dueña de los medios de producción con la participación-explotación de la clase trabajadora, que proporciona su fuerza laboral para producir capital.

Es decir, el valor del trabajador produce lo que Bourdieu sostenía: “lo característico de toda tensión de fuerzas es disimularse como tal y lograr toda su potencia precisamente gracias a este disimulo, entendiendo lo anterior de este modo: el capital inmoral, y sin escrúpulos, solo puede ejercerse tras una superestructura moral, quienquiera que regenera esta moralidad pública (sea a través de la indignación, de la denuncia, etc.) trabaja espontáneamente para el orden del capital” .

El párrafo anterior, nos ubica en un terreno resbaloso en la medida en que la producción de política queda encaminada de cierta manera al trabajo, que realizan muchos funcionarios al hacer intermediaciones ventajosas para algún sector en especial, que van a llevar sus negociaciones más allá, de los preceptos de beneficio social para todos, puesto que por el contrario, ese beneficio lo ubican en el terreno del valor empresarial y del capital, como un proceso de causa y efecto, que, por decirlo en un formato crudo, trasciende su propia verosimilitud social, para ubicarla en un andamiaje con variantes políticas al servicio del dinero, para establecer criterios que ubiquen primero: el beneficio al propio capitalista y el segundo: al interés financiero del propio político, que ahora utiliza su poder para direccionar intereses personales. Es decir, las razones de estado han dado la espalda a la sociedad que les ha votado, para que dirijan los destinos de un Estado Nacional a través de la democracia.

El razonamiento anterior, ha debilitado las obligaciones del Estado con sus ciudadanos, puesto que ha delegado el ejercicio de su autoridad a movimientos privados, lo que convulsivamente ha producido la salida del espíritu democrático, para sumergirnos en el ámbito del totalitarismo. El rompimiento producido nos debe reubicar en el pensamiento de Karl Marx, cuando daba la pauta en sus Manuscritos de economía y filosofía y suscribía en su Primer manuscrito lo siguiente: “La Economía Política parte del hecho de la propiedad privada, pero no lo explica. Capta el proceso material de la propiedad privada, que ésta recorre en la realidad, con fórmulas abstractas y generales a las que luego presta valor de ley. No comprende estas leyes, es decir, no prueba como proceden de la esencia de la propiedad privada”. Bajo esta apreciación nos vamos a encontrar con una serie de dificultades, que aun en nuestros días perduran y que se materializan porque “ponen en movimiento la codicia y la guerra entre los codiciosos, la competencia” .

Si la propiedad privada se convierte en el artilugio de las condiciones de producción de sentido, lo que estamos diciendo es que lo privado se convierte en la vertiente sustantiva del valor, de la tierra, un inmueble, el trabajo asalariado de un trabajador, sean los intereses de un político, que traiciona la voluntad de su electorado por la utilidad de ganancias que devienen en una riqueza personal producto de la corrupción y la impunidad, al tiempo que también se pueden ir modificando ciertas leyes de su competencia, para que no puedan ser juzgados por corrupción, en este apartado queda demostrado el antagonismo que se produce al interior del Estado con el debilitamiento de las obligaciones del Estado en favor de las mayorías, que serán traspasadas esas obligaciones a minorías dueñas del capital en detrimento del orden del bienestar social.

La nula transparencia de la caída de las obligaciones sustantivas del Estado en beneficio de minorías dueñas del capital, nos conduce a un Estado de relaciones en donde el factor de la riqueza manifiesta queda doblegado en favor de razones poco claras, puesto que la competencia adquiere nuevos significantes que formulan en las formas el sentido ideológico del quehacer de esa economía política.

Controlar al ciudadano

“Durante la mayor parte de los últimos siglos, la mayoría de la gente asumía que no se podía crear crédito de manera indefinida, porque asumían también que era poco probable que el propio sistema económico durase para siempre. Sin embargo, las tan esperadas revoluciones no tuvieron lugar. Tan solo ahora, cuando se hace cada vez más claro que la situación actual no es viable, nos damos de bruces con la pared en nuestra imaginación colectiva”.

David Graeber

Lo sostenido por David Graeber nos ubica en un nuevo contexto de la historia a nivel global, pero incidiendo paulatinamente en las prácticas de las diferentes sociedades civiles de trabajadores, que han tenido a lo largo del tiempo que vender su fuerza de trabajo al supuesto mejor postor. Bajo este efímero postulado cargado de incertidumbre, el pensamiento revolucionario ha sucumbido a través de diferentes acciones imperiales bajo la bandera de la unicidad, entendida esta, bajo el espectro del pensamiento único. Lo que significa, es que desde las alturas del poder han construido individuos que buscan afanosamente un lugar en el espacio social, determinando de esta manera la conducción de fines que voy a llamar alegóricos en función de superficialidades que denotan en las prácticas las necesidades de legitimación, a partir de tener desde una mayoría silenciosa el lugar de certidumbre que le brinde lo que otros no tienen.

La libre competencia emerge como un propósito de vida, subsumiendo el carácter de la vida en común, lo que viene, tiene la carga simbólica de nuevos signos que le convierten en un jugador más de la sociedad mercantil, lo que lo transforma en un objeto desechable en el espacio de los procesos competitivos. Lo que significa y regresando unos renglones arriba a denotar en el objeto-discurso en símbolos de significantes restringidos, lo que nos va a implicar en esta configuración son nuevas retículas, que parcializan el sentido de la fragmentación del sujeto, al quedar sumergido en una diseminación de luchas producto, de la búsqueda de su propia unicidad convulsiva, lo que quiero decir, es que ese significante le ha encadenado en sus formas como un sujeto sujetado de una ideología en la que todo se compra y todo se vende, es el principio fundamental de la adquisición de la

deuda, comprar a crédito lo que no podemos tener al contado, aun cuando el objeto adquirido se deprecie, mi pago será mayor de lo que realmente vale.

El movimiento producido nos ubica en una teoría política del individualismo posesivo, según no lo dice C.D. Macpherson, “Los individuos que poseen los medios para realizar sus personalidades (esto es, los propietarios) no necesitan reservarse derecho alguno, frente a la sociedad civil, pues la sociedad civil ha sido construida por y para ellos y es gobernada por y para ellos. Todo lo que han de hacer es insistir en que la sociedad civil, es decir, su propia mayoría, es superior a cualquier gobierno: de otro modo un gobierno determinado podría escapárseles de las manos” .

El juego de los significantes emerge de nuevo a partir del propietario como productor de razones de estado, al tiempo de estar por encima de él, lo que nos ubica en procesos recursivos, que hacen aparecer en el espejo de sus atribuciones condiciones de producción de sentido que emergen bajo el síntoma de la dependencia, es decir, el sujeto está sujetado, alienado a posibilidades de existencia tutelar de quien dirige el estado de cosas que deben ser la prioridad de la docilidad que se le impone a quien no es propietario, esta regulación en el sistema de signos, convierte al propietario-símil en dueño de los destinos en el tiempo para dictar su arrogancia sobre cómo legislar y a favor de quién, mientras que su contraparte, se diluye en la necesidad de vender su fuerza de trabajo-asalariado-alteridad en su propia cultura. La disyuntiva producida proporciona un contrasentido en la medida en que la diferenciación de clase produce redundancias al interior de la maquinaria cognoscente, lo que nos ubica en el tiempo histórico en la posibilidad de cierto cambio social, que no se produce a pesar de los diferentes mecanismos de inflexión que deberían detonar una revolución.

En este punto, salta una primera respuesta, la emulación entendida debe ser comprendida como la construcción de simulacros que atienden las necesidades de quienes no son propietarios, esta simulación se materializa en un nuevo sentido de la historia, como una entidad imaginaria, que se revuelca en el lodo de las significaciones e ilusiones viciosas, que permiten desde la antigüedad las festividades de los saturnales, que producían los

desfogues manifiestos en el tiempo real que se basaban en la opresión de libertades consagradas a mantener en el orden de las políticas de gobierno absolutista la injusticia, el esclavismo, la servidumbre, la tortura y muerte de los posibles opositores para intentar disuadir la opresión a través de la inversión momentánea de valores que se materializaría en el carnaval, al invertir todo tipo de tasaciones para imaginar por un momento, que esa violencia infringida a las grupos subalternos de hombres y mujeres sujetadas en tiempo real, pudiera ser invertido por un instante, para que el jerarca sintiera el peso de la historia como una retórica ilusoria, que podría reacomodar el tiempo venidero en su sentido de una imaginación viciosas que no llegaría a convertirse en realidad; las ilusiones predicen en el valor la necesidad de cambios en cuanto a su uso, sin embargo, trasladar este movimiento al mundo real, mientras no existieran procesos de transición social reales no tendrían ningún éxito, pero el valor se convierte desde esa época en la carga imaginaria que produce contrapesos, que van de la agonía al éxtasis de quienes lo ejercen o lo reciben para quedar encadenados por la deuda.

Enfrascados en esas fracturas de la realidad convertidas en efecto del control social a través de lograr permanencias imaginarias, que pueden ser falsificadas de los originales que intentan mediante el mimetismo convertirse en artefactos de intercambio simbólico entre lo inaccesible y lo que puedes tener a tu alcance, y en el estímulo que se produce desde el simulacro, el valor se convierte en una entidad imaginaria que repercute en todos los niveles sociales, cruzando y atravesando realidades, que deben legitimar la llegada de herramientas que controlen a los ciudadanos en el curso de sus moviidades, lo que significa, en términos económicos, gastar más de lo que puedes pagar.

“Los supuestos del individualismo posesivo son especialmente adecuados para una sociedad de mercado, pues formulan algunos hechos esenciales peculiares de esta sociedad. El individualismo, en una sociedad posesiva de mercado, es humano en su calidad de propietario de su persona; su humanidad depende de su libertad de todo salvo de sus relaciones contractuales interesadas con los demás; su sociedad consiste en una serie de relaciones mercantiles”.

C.B. Macpherson

El devenir del tiempo nos ubica en una circunscripción de mayorías silenciosas, que cuando se manifiestan quedan atrapadas en muchas ocasiones en configuraciones carnavalescas, entendido esto, como movimientos atravesados por valores de cambio que exceden el libre intercambio de objetos de consumo, como recursos de prestigio ante sus iguales, para buscar un rompimiento a través del simulacro que les ubica en un sistema de objetos, cuyo valor de uso queda atrapado en la funcionalidad de lo adquirido, a la vez que la retícula del diseño, se alimenta de elementos ilusorios que combinan el registro entre lo real y las connotaciones de la falsificación, que permiten que el precio del objeto se convierta en el ariete de la transacción. En este trayecto de los intercambios se producen los efectos de comparecencia entre la objetividad y la subjetividad, que hacen patente los valores sýnicos del objeto convertidos en posesión.

Poseer se convierte en signo de tener algo, esta significación, no diluye el efecto producido por una parte, del valor de uso, por el contrario, le ubica en el terreno de la transacción en su valor de cambio, y en este sentido, el objeto adquiere funcionalidad en razón de la adquisición, delimita quién es el dueño y bajo esta determinación, se busca el origen de este objeto y por tanto, su valor de mercado como un ensere de colección, de antigüedad, obra de arte, maquinaria o, cualquier otro tipo de objeto, que permita la existencia de su uso y transacción posible para convertirse en valor de cambio, pero también debe quedar incluido en este rubro, lo referente al valor producido por la venta de la fuerza de trabajo asalariado o no, que en la redundancia de su aprovechamiento, el objeto de valor se materializa a través de la explotación de la fuerza de trabajo.

El intercambio producido acciona en el objeto su sentido social, lo que le hace ver su sentido de reproducción, de esta manera, “el objeto en serie está hecho de manera que no dure”. Como en las sociedades subdesarrolladas las generaciones de hombres, así en la sociedad de consumo, las generaciones de objetos mueren pronto, para que otros ocupen su lugar, y si la abundancia crece, es siempre de los límites de la escasez calculada. Pero este es el problema de la duración técnica del objeto” nos dice Jean Baudrillard ; lo que nos

va ubicar en ese terreno de posibilidades de intercambio que prevalecen en el orden del capital, obtener objetos para mejorar un estilo de vida, es una de las preguntas subjetivas que nos ayudan a ver en el escenario de las convenciones, que el objeto y su valor adquirido esta en función de las necesidades de una sociedad, a través de la subsistencia elemental o de posibilidades que nos mueven en el terreno del prestigio y el poder, para poseer cierto tipo de objetos, el lineamiento producido produce en las prácticas el sentido que ya Marx definía a través de las significaciones del dinero:

“El dinero, en cuanto posee la propiedad de comprarlo todo, en cuanto posee la propiedad de apropiarse de todos los objetos, es, pues, el objeto por excelencia. La universalidad de su cualidad es la omnipotencia de su esencia; vale, pues, como ser omnipotente..., el dinero es el alcahuete entre la necesidad y el objeto, entre la vida y los medios de vida del hombre. Pero lo que me sirve de mediador para mi vida, me sirve de mediador. también para la existencia de los otros hombres para mí. Eso es para mí el otro hombre”.

Karl Marx

Economía política del signo

Podemos decir que, dinero y objeto, en el sentido que Roland Barthes lo decía: “...la preminencia del objeto en este mundo procede de una voluntad de inventario, pero el inventario no es nunca una idea neutra; inventariar no es solamente, como pareciera a primera vista, constatar, sino también apropiarse” , lo que nos ubica en el terreno de pertenecer a alguien, hay poseedor del objeto (pieza) y. en este sentido, se produce el valor como el efecto que concatena al dueño con la posible venta del mismo. Si pensamos un poco en el comprador, este se adhiere al producto con la intencionalidad de adquirirlo, el dúo se materializa a través de la transacción, a la vez que ese pequeño universo de dinero-objeto, se convierte en parte de una sinonimia del lenguaje que, la medida en que ambos objetos (pieza-dinero) son un fin, lo que equivale decir, que todo intercambio simbólico queda cruzado por los signos que representan en el intercambio un juego de roles, que a

nivel de un atractor, este intenta cerrar su complementación con el proceso de compra-venta.

En este punto, el dinero activa cierta reflexividad que busca tener su equivalencia en el objeto-pieza, como la adquisición de un bien, este movimiento fuerza el cambio de valores en su sentido práctico, vale porque tiene un precio que debe ser pagado para poder adquirirlo. La sucesión superpuesta busca tener una equivalencia afín al deseo, primero de desposeerlo por parte del dueño, y en segundo lugar, le da una nueva posesión al objeto a través del nuevo dueño. El cambio de valores por la transacción denota en el discurso económico el juego de contrarios, que llegan a un común acuerdo con el objeto-valor-mercancía, produciendo fugas no previstas en el proceso que configura desde la función simbólica dicha transacción. Estas fugas se ubican en el terreno de la incertidumbre en la que medida en que el valor-precio fluctúa a través de la relación compra-venta y del propio mercado de valores.

Palabras y acciones van y otras vienen, pero lo que realmente importa es la sucesión emblemática de los procesos, como acciones que regulan el mercado y, de nuevo en este sentido, si existe la equiparación entre el objeto y el dinero, podemos decir, que el objeto se convierte en el responsable del valor del dinero y, bajo este aseguramiento dialéctico, podemos decir, que el objeto debiera tener un valor en sí mismo, lo que equivale sostener que para que el dinero pueda tener un respaldo, este respaldo, debe dar rienda al objeto por su valor, como un material que por sí solo, vale lo que dice tener en su condición de objeto.

Esta apreciación equipara al objeto con un articulador que designe la fuerza de control, no solo del lenguaje, porque esto sería aprisionarlo en la metáfora de los roles en cada etapa de su desarrollo, sino que, además, su materialización denota en la marca que impone por ser un objeto determinado y no otro. Esta designación nos ubica en la construcción natural del objeto o en el artilugio de manufactura con otros objetos-piezas de integración, a través del diseño del objeto dirigido a una clase social. Lo mismo sucede, si se trata de una pieza de la naturaleza, que por su rareza en la misma adquiere valor. En

ambos casos, el valor-objeto es adquirido y sostenido en el entramado de las cuestiones del mercado de valores, como son los precios que se imponen a los productos.

En este sentido, es necesario pensar en un bucle recursivo que nos permita ver desde cierta distancia: “el hecho de que la mayoría de la gente sea asalariada no significa que toda la energía creativa esté en el mercado. Incluso en nuestra sociedad dominada por el mercado hay toda clase de campos ---desde el trabajo doméstico hasta los hobbies, la acción política, los proyectos personales de cualquier tipo--- donde no existe ese aparato homogeneizador. Pero no debe ser coincidencia que sea aquí donde uno oye hablar en particular “valores” en plural: valores de familia, virtudes religiosas, valores estéticos del arte, y así sucesivamente. Donde no hay un sistema único de valor, nos quedan series de valores heterogéneos, dispares”, nos dice David Graeber.

Bajo este entendido, lo que estamos encontrando es esa relación que el pensamiento estructuralista no encontró en sus trabajos pioneros, en la medida en que los procesos diacrónicos quedaban fuera del procedimiento de su estudio en el ámbito de la lingüística estructural, en la medida en que su centro de atención se encontraba en el análisis morfológico de las formas. Es decir, la estructura correcta del habla, independientemente de su contenido, que no implica lo que se quiere decir, lo que importaba, son las jerarquías que remiten a una organización sintáctica sin significado. O bien dicho con otras palabras, el objeto que se nombra adquiere sentido a partir de su contraste con lo que no es, lo que nos ubica en una serie de metáforas que deben dar orden a la palabra bajo la perspectiva estructural, pero esto, en este punto, nos regresa a la postura de David Graeber. Cuando utiliza el ejemplo del suéter rojo de cuello alto, él nos dice, que el significado del rojo se hace presente a partir de lo que no es rojo, formaliza en el contraste que otro color, como puede ser el amarillo o el azul, pueden dar cuenta de la existencia del rojo como tal.

Su demostración trata de llevar ese suéter a un terreno desde su perspectiva más profunda cuando se pregunta, qué hay abajo del suéter rojo, una camisa, una camiseta o simplemente la piel de quien lo está usando. Bajo esta perspectiva, la interrogante que salta

a la vista, qué lugar ocupa en todo esto el rojo, como color y vestimenta, y en este punto nos damos cuenta de que no estamos en el nivel del contenido, como lo pensaba Graeber sino más bien, su argumentación se movía en el sentido de las formas, lo que nos ubica en la cercanía estructural. La diferencia queda marcada en el dispositivo de la función simbólica en la medida en que, se produce cierta confusión al delimitarlo como significado y no como en realidad es, pues forma parte intrínseca del significante, de donde la claridad del contraste y la inmersión de la ropa debajo del suéter rojo, dan pie a formas ideológicas que no concatenaron correctamente el vínculo del signo.

En este sentido, se convierte en un proceso redundante, en la medida en que el contraste de lo que no se es, amplía la evidencia de forma cuasi infinita, lo que nos ubica en un terreno poco fértil de interpretación, puesto que hay que seguir escudriñando en variaciones sobre el mismo tipo.

La propuesta de Graeber se pierde en las formas en busca de una continuidad que se va resbalando en el ámbito de una sintaxis morfológica, que no puede encontrar el contenido en el significado de su propuesta, al confundir su noción de significado, no puede dar cuenta de la variación de la forma, puesto que su lectura queda en la superficie del campo semántico, es decir, al enunciar a través del contraste el color rojo y qué es lo que se lleva abajo del suéter, su nivel de análisis no se percata de dos acercamientos fundamentales en la producción real de sentido, que es: el suéter rojo es para cubrirse del frío, o es también, para llamar la atención.

En este contexto, la forma busca en el contenido el sentido entre la diacronía y la sincronía para darle al suéter rojo el lugar que debiera tener. Bajo esta argumentación, hay que regresar un poco al entramado real de nuestro acercamiento, el suéter rojo es un objeto-valor, que, si lo supeditamos al nivel de la forma por su contraste con el color y su distinción, si el sujeto se encuentra con un resguardo anterior, que sea la piel, una camiseta o una camisa, el principio que posibilita un giro interpretativo denota en su práctica, que la noción de valor-dinero-mercancía no deviene en producir una reacción favorable para producir valor. La utilización y usufructo del objeto-suéter, no cubre las características

necesarias para establecer un vínculo con la noción de valor-deseo y es en este punto, que Greaber dispersa el valor hacia nuevos rumbos, más simbólicos y culturales, en la ejecución de simulacros que simulen paralelismos en su encuentro con el valor.

Los valores familiares, religiosos, etc., etc., se mueven en el terreno de los sentimientos y las relaciones de intercambio que se llevan a cabo en espacios de políticas de la intimidad, es decir, los procesos de mantenimiento de esas relaciones se mueven en el sistema de creencias y los recursos metafóricos de vínculos supeditados a subjetividades, que devienen muchas veces en actos sensibles a la vida. Por otra parte, el arte, no forma parte de ninguna manera en estos actos de valor acerca de la presencia de sensibilidades íntimas, por el contrario, el valor-precio de la obra de arte abre las puertas de su comercialización en el espacio del capital. Más allá de su valor como obra de arte, se encuentra aprisionado en los valores del mercado, debido a los sistemas del coleccionismo privado que le da nombre a cualquier obra, más allá de nuevo lo repito lo de la calidad artística que tenga.

Bajo este entendido, era necesario romper con esa perspectiva estructuralista de aquella época y al dar el salto epistemológico, la lengua como estructura semántica proporciona los elementos sintácticos que la palabra tiene y su repercusión se hace presente en el habla. Su expresividad le permite a los actos de habla producir intercambios simbólicos materiales en el contexto de lo social, lo que significa, que el habla responde a las necesidades de existencia de toda comunicación directa, lo que nos reubica en el terreno de la sincronía de la lengua como un proceso que legitima la relación de tres niveles de interacción, lo que implica que toda comunicación tiene por referencia un contexto fijo: sujeto-tiempo-espacio, bajo la caracterización de la ubicación histórica en un tiempo y lugar determinado con un grupo social en la acción, intercambios permanentes que construyen las gramáticas del saber. Esto quiere decir, que el habla produce la dialógica del comportamiento social y cultural.

Lo anterior, me regresa al filo inicial entre dinero-objeto, y al establecimiento diacrónico-sincrónico de la lengua, pero queda con una atadura que Roland Barthes intenta

esclarecer a partir de lo mencionado por Saussure, que sostenía que, para poner fin a esa opresión casi gestual, “que es en suma la de todo comienzo imposible, decidió elegir un hilo, una pertinencia (la del sentido), y desarrollar ese hilo.

Así construyó un sistema de la lengua. De la misma manera, aunque en el segundo nivel, del discurso, el texto desarrolla códigos múltiples y simultáneos de los que es imposible ver, en primera instancia, la sistematicidad, o mejor todavía: que no se pueden nombrar de inmediato, en efecto, todo concurre a dar una imagen inocente de las estructuras que se buscan, a ausentarlas: el desarrollo del discurso, la naturalidad de las frases, la igualdad aparente de lo significante y de lo no significante...la simultaneidad de los sentidos, la desaparición y reaparición caprichosas de ciertos filones temáticos” , que van a confluir en el entramado del lenguaje en el artificio de la búsqueda de escalas interpretativas que posibiliten la comprensión de lo dicho.

Al pensar con Saussure y Roland Barthes, nos adentramos en un giro epistémico que nos ubica en las condiciones sociales de producción de sentido, lo que quiere decir, que, a nivel de las condiciones materiales que fungen en la dialéctica del entramado de la economía política, esta produce un acercamiento en el entendido de que el valor connota relaciones de existencia de los objetos, mientras que, por otra parte, el valor del dinero se convierte en el condicionante que proporciona un giro pragmático en su materialidad, en la medida que redirecciona al lenguaje (sincronía- diacronía) , en cuanto a su relación del signo en el nivel del significado-valor-objeto (política) y del significante-valor-dinero (ideología), que en su movimiento proporciona los elementos que coadyuvan el sentido del deseo en el implícito del poder comprar-gastar en la medida de las posibilidades regulatorias del poder.

Es decir, objeto-dinero conmemora la acción de intercambios, que deben ser sustentados en valores tangibles por la parte de las cantidades que se pueden usufructuar y por la otra, en las relaciones de sustento simbólico y material que legitiman el valor de dichas cantidades. A partir de este acercamiento, el dinero ocupa el lugar del acertijo fijo que se mueve de acuerdo con las leyes de la oferta y la demanda, para intentar controlar al

objeto como objeto del deseo. Esta constante legitima el hecho simbólico de valores intangibles que únicamente proporcionan el derecho a la obtención de valores más allá de su posible adquisición.

Lo suscrito renglones arriba, queda plasmado en la construcción de un nuevo materialismo que se basa en la capacidad que se puede tener acerca del consumo que una sociedad tiene para solventar sus deseos, al tiempo de cuantificar su sentido de pertenencia, que se convierte en la causa-efecto del acto de acumular a través de un nuevo giro de gasto que va más allá de sus posibilidades de pago para convertirse en deuda. El entramado requerido acciona el gasto público y el privado de la sociedad; de esta manera, la deuda se convierte en una nueva vertiente del crédito y de los intereses que estos causan al tener falta de liquidez y suplantarla mediante la falaz estrategia de lo que en el pasado era la usura, entendida esta como el lucro especulativo, que denota en su práctica el cobro de intereses más allá del préstamo pactado, a sabiendas del prestamista y en ocasiones en el desconocimiento claro de quien ha solicitado dicho préstamo, y que hoy en día la normalización institucional de este aparente intercambio comercial se convirtió en el crédito.

En este sentido, si recapitulamos, en poco podemos ir desglosando diferentes tendencias del uso del objeto-dinero, intercambio de valores en función de los precios del mercado. Esta aparente sencilla lógica, nos ubica en el entendido de que existen una serie de condicionantes externos a una transacción cargados de especulación. Es decir, inmersos en lenguajes simbólicos que sugieren diferentes campos de acción, el primero de ellos, queda circunscrito al campo de cierta agresividad, que como representación requiere que el objeto sea cargado a nivel del signo manifiesto como objeto del deseo: lo quiero tener.

Si esta observación es correcta, se produce un contraste comparativo que indica que el objeto-valor debe convalidarse con un semejante; en este punto, adquiere el nombre de mercancía ese objeto y está delimitado como parte de la transacción en su valor de cambio, lo que quiere decir, es que hay otros objetos semejantes que convalidan su precio, lo que va a significar en el lenguaje de intercambio material un punto de referencia que convalida

al objeto-valor-deseo de tenerlo, y de esta manera quien lo adquiere como comprador. El movimiento producido nos lleva de nuevo al sentido de representación y presentación de este, lo que nos ubica en la construcción de un respaldo, la presentación-objeto-valor debe convalidarse en el respaldo representación-objeto-valor, que en su nivel significante es el dinero como el proceso que legitima el intercambio, que a su vez ese dinero como representación debería tener una presentación-equivalencia para asegurar el sentido del dinero-valor.

En nuestro presente vivido, este último movimiento del dinero-presentación-valor ha perdido su significado en la medida en la que desapareció de la escena económica el respaldo real de su significado, abriendo una brecha en el terreno de las arbitrariedades económicas al sentido del valor. Por consiguiente, el dinero hoy por hoy se mueve en el significante imaginario del lenguaje simbólico, lo que le da la razón a Saussure en la interpretación realizada por Roland Barthes, lo que significa en el terreno de la economía política que la ficción se ha convertido con el dinero en la parte sustancial de toda transacción, porque el respaldo desapareció.

En este punto, David Graeber no interpretó correctamente lo sostenido por Baudrillard, Barthes y Saussure, en cuanto a que sostenía, que no todo intercambio estaba mediado por el mercado; en efecto, todo proceso de signos en relación a campos semánticos de intercambio de objeto-valor-dinero se encuentra atravesado transversalmente por el ejercicio del lenguaje, que a su vez requiere de esos imaginarios que vuelcan en el mercado y en el sistema bancario, la riqueza se convirtió en una herramienta del lenguaje para unos pocos.

El proceso que se erige se basa en términos antropológicos en un ritual de los objetos que permanentemente se encuentran en la búsqueda de la eficacia que la violencia del objeto deposita en el valor-dinero, como la marca que transgrede el sentido de pertenencia. Es decir, el valor-dinero necesita siempre de un depositario que quiere adquirir un objeto para acumular su valor.

Bibliografía

Bachelard, Gaston, 2015 El compromiso racionalista, México, Siglo Veintiuno Editores.

Barthes, Roland, 2016, El grado cero de la escritura y nuevos ensayos críticos, México, Siglo Veintiuno Editores.

Baudrillard, Jean, 1978 La precession des simulacres. L'effet beaubourg, Paris, Editios Galilée.

Baudrillard, Jean, 1979, Crítica de la economía política del signo, México, Siglo Veintinuno Editores.

Baudrillard, Jean, 2023, El sistema de los objetos, México, Siglo Veintinuno Editores.

Coseriu, Eugenio, 1992, Competencia lingüística. Elementos de la teoría del hablar, Madrid, Editorial Gredos.

Girard, René, 2004, Les origines de la culture, Paris, Desclée de Brouwer.

Graeber, David, 2018 Hacia una teoría antropológica del valor. La moneda falsa de nuestros sueños, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Graeber, David, 2020, En deuda. Una historia alternativa de la economía, Madrid, Ariel.

Macpherson, C. B. 2005, La teoría política del individualismo posesivo. De Hobbes a Locke, Madrid, Editorial Trotta.

Marx, Karl, 2018, Manuscritos de economía y filosofía, Madrid, Alianza Editorial.

Saussure, Ferninand, 1916, Cours de linguistique générale, publicado por Ch. Bally y A. Sechehaye, Lausana/Paris. [Versión esp. Recogida en el texto (1980): Curso de Lingüística General, Madrid, Akal Editor].

Curso de lingüística general, México, Nuevomar. 1982.